

XIX

EL CAMPO DE BATALLA POR LA NOCHE

Volvamos á aquel fatal campo de batalla, puesto que es una necesidad de este libro.

El 18 de Junio de 1815 era un plenilunio, esta claridad favoreció la feroz persecucion de Blücher y denunció las huellas de los fugitivos, entregando aquella masa informe y desastrosa á la caballería prusiana encarnizada y coadyuvando á la matanza. Á veces hay en las catástrofes esas trágicas complacencias de la noche.

Una vez disparado el último cañonazo, la llanura de Mont-Saint-Jean quedó al punto desierta.

Los ingleses ocuparon el campamento de los franceses, segun es de uso en la guerra; dormir en el lecho del vencido, es regalar la victoria. Establecieron su vivac más allá de Rossomme. Los prusianos, lanzados sobre la derrota, empujaron hácia adelante. Wellington pasó al

pueblecito de Waterloo á redactar su parte de campaña dirigido á lord Bathurst.

Si alguna vez en el mundo ha 'eni lo aplicacion el *sic vos non vobis*, seguramente es al tra'ar de este lugar de Waterloo. Con efecto, Waterloo nada tuvo que ver con la batalla, permanciendo muy tranquilo á média legua del teatro de ella. Mont-Saint-Jean fué bombardeado, Hougomont, Papelotte, Plancenoit, fueron incendiados, la Haie-Sainte fué tomada por asalto, la Belle-Alliance presenció el abrazo de los dos vencedores; apénas conoce nadie estos nombres; y Waterloo, que nada hizo en la batalla, es quien disfruta de todos sus honores.

Nosotros no somos de los que adulan á la guerra; y cuando se ofrece la ocasion, la decimos sus verdades correspondientes. La guerra tiene horribles bellezas que no hemos dejado de poner en evidencia; pero es preciso venir en que tambien tiene sus fealdades. Una de las más extrañas y sorprendentes es el repentino despojo de los muertos despues de la victoria. La aurora que sigue á una batalla sólo alumbra ya cadáveres desnudos.

¿Quién hace eso? ¿Quién es el que así mancilla el triunfo? ¿Cuál esa mano asquerosa y furtiva que se desliza en el bolsillo de la victoria? ¿Quiénes son esos rateros que se apresuran á dar su golpe de mano detras de la gloria? Algunos filósofos, entre ellos Voltaire, afirman que son precisamente los mismos que han hecho la gloria. Son los mismos, dicen, no hay remuda ninguna; los que quedan de pié saquean á los que han caído en tierra. El héroe del día es el vampiro de la noche. Y sobre todo, el que ha hecho un cadáver, se cree con derecho á desbalijarle. Por lo que hace á nosotros, no creemos esto. Recoger laureles y recoger con ellos los zapatos de un muerto, nos parecen cosas imposibles de ejecutar por la misma mano. Lo cierto es que, generalmente, despues de los vence-

dores, vienen los ladrones; pero prescindamos de esto, y declaremos al soldado, y sobre todo, al soldado de este siglo, incapaz de semejante acto.

Todo ejército tiene una cola, y á esta es á la que se debe acusar. Ciertos seres murcielagos, medio criados medio bandidos, todas esas especies de respertillos que engendra el crepúsculo al cual se llama la guerra, los que llevan uniforme pero que no combaten, fingidos enfermos, temibles lisiados, cantineros de contrabando, que van al trote, á veces con sus mujeres, en ligeros carruajes, revendiendo lo que roban, mendigos que se ofrecen como guías á los oficiales, granujas, merodeadores; los ejércitos en marcha, otras veces, — no hablamos del tiempo presente, — arrastraban todo esto tras sí, en términos que, en su especial tecnicismo, eso se llamaba « los rezagados. » Ningun ejército, ni ninguna nacion eran responsables de lo que tales gentes hacian; hablaban italiano y seguian á los alemanes; hablaban frances y seguian á los ingleses. Por uno de esos miserables, un rezagado español que hablaba frances, fué muerto alevosamente y robado el marqués de Fervacques, engañado por su guirigay pícaro, y tomándole por uno de los nuestros, en la noche que siguió á la victoria de Gerisoles. Del merodeo nace el merodeador. La detestable máxima: *Vivir sobre el enemigo*, producía esa lepra, que sólo una fuerte disciplina podía curar. Hay famas que engañan; no siempre es cosa sabida por qué ciertos generales, grandes por otra parte, han sido tan populares. Turena era adorado por sus soldados, porque les toleraba el pillaje; así la permission del mal hacia parte de la bondad; Turena era tan bueno, que dejaba poner á sangre y fuego el Palatinado. Veíanse tras de cada ejército más ó ménos merodeadores segun que era el jefe más ó ménos severo. Hoche y Marceau no tenían rezagados; Wellington, debemos hacerle esta justicia, llevaba pocos.

Sin embargo, en la noche del 18 al 19 de Junio, los muertos sufrieron su correspondiente despojo. Wellington fué rígido; dando órden de pasar por las armas á todo el que fuese cogido en flagrante delito; pero la rapina es tenaz. Los merodeadores robaban en un rincon del campo de batalla, miéntras que los fusilaban en otro.

La luna aparecía siniestra en aquella llanura.

Á eso de la média noche, un hombre rondaba, ó más bien rodaba, por el lado del camino hondo de Ohain. Era, segun toda apariencia, uno de esos que acabamos de caracterizar, ni inglés, ni frances, ni paisano, ni soldado, ménos hombre que gulia, atraído por el olfato hácia los muertos, teniendo por victoria el robo, viniendo á desbalijar á Waterloo. Llevaba puesta una blusa que se asemejaba bastante á un capote, iba lleno de inquietud y de audacia, marchando hácia atras. ¿Quién era aquel hombre? Probablemente sabía mucho más de él la noche que el día. No llevaba consigo saco ninguno, pero su capote iba provisto de anchos bolsillos en el interior. De vez en cuando, se detenía, examinaba la llanura en derredor suyo, como para ver si alguien le observaba, se agachaba despues bruscamente, removía en el suelo algo silencioso é inmóvil, y de repente se enderezaba, y se esquivaba. Por su manera de escurrirse, por sus actitudes, por su gesto rápido y misterioso, parecía una de esas larvas crepusculares que frecuentan las ruinas y que las antiguas leyendas normandas llaman los Errantes.

Ciertas zancudas nocturnas suelen formar esas sombras en los terrenos pantanosos.

Una mirada que hubiese sondeado atentamente toda aquella bruma, abría podido distinguir, á corta distancia, detenido y como escondido detras de la casucha que se halla á orillas de la calzada de Nivelles, en el ángulo del camino de Mont-Saint-Jean á Braine-l'Alleud, una especie de furgoncillo de vivandero cubierto con mimbres embrea-

dos, tirado por un jamelgo hambriento que rumiaba entre el freno las ortigas, y dentro del furgon una especie de mujer sentada sobre unos cofres y paquetes. Tal vez existía alguna relación entre aquel furgon y aquel vagabundo.

La oscuridad era serena; no divisándose ninguna nube en el zenit. ¿Qué importa que la tierra esté roja? la luna permanece blanca. Esas son las indiferencias del cielo. En las praderas, ramas de árboles rotas por la metralla pero que no habían caído en tierra, hallándose aún pendientes de la corteza, se balanceaban suavemente á impulsos del viento apacible de la noche. Un soplo, que parecía una respiración, removía las matas; y notábase en la yerba ciertos estremecimientos que parecían indicar el momento en que volaban las almas.

Oíase vagamente á lo léjos ir y venir las patrullas y las rondas mayores del campan en' o inglés.

Hougomont y la Haie-Sainte continuaban ardiendo, y formando, una al este y otra al oeste, dos enormes llamardas con las cuales venía á ligarse, como un collar de rubíes desatado que ostentara en sus extremidades dos gruesos diamantes, el cordon de fuegos del vivac inglés desplegado en un vasto semicírculo sobre las colinas del horizonte.

Hemos referido la catástrofe del camino de Ohain. El corazón se hiela de espanto al pensar en lo que fué allí la muerte para tantos valientes.

Con efecto, si hay algo espantoso en el mundo, si existe una realidad que exceda al sueño, es esta sin duda: vivir, ver el sol, hallarse en plena posesión de la fuerza viril, disfrutar de salud y de alegría, reír valerosamente, correr en pos de una gloria que se tiene á la vista deslumbrando y seduciendo, sentirse en el pecho un pulmón que respira, un corazón que late, una voluntad que razona, hablar, pensar, esperar, amar, tener una madre, tener una esposa, tener hijos, tener la luz, y de repente, en el tiempo de un grito,

en menos de un segundo, verse precipitado en un abismo, caer, rodar, aplastar y ser aplastado á la vez; ver espigas de trigo, flores, hojas, ramas, y no poder asirse á nada, sentir su sable inútil, hombres debajo de sí, caballos encima, agitarse y forcejear en vano, rotos los huesos de alguna patada en las tinieblas, sentir un talon que os hace saltar los ojos, morder con rabia las herraduras de un caballo, sofocarse, ahogarse, bramar, aullar, retorcerse, encontrarse en aquella espantosa oscuridad y decir aún para sí: ¡Hace poco, era yo todavía un viviente!

El mayor silencio reinaba ahora allí donde pocas horas ántes había tenido lugar tan lamentable desastre. La horrible fosa del camino estaba colmada de caballos y de jinetes confusamente mezclados. ¡Terrible amalgama! Y no había escarpa; nivelando los cadáveres la ruta con la llanura, como si por sus bordes se hubiera pasado el rasero que iguala una cuartilla de trigo. Un monton de muertos en la parte superior, un arroyo de sangre en la inferior; tal era aquel camino en la noche del 18 de Junio de 1815. La sangre corría hasta la calzada de Nivelles donde se extravasaba en un ancho pantano delante de la fagina que obstruía el paso de la calzada, en un sitio que aún enseñan hoy. Segun recordará el lector, el precipicio de los coraceros se halla en el punto opuesto, hácia la calzada de Genappe. El espesor de los cadáveres era proporcionado á la profundidad del camino-barranco. Hácia el medio, en el sitio en que empezaba á nivelarse, allí por donde había pasado la division **Delord**, la capa de los muertos disminuía naturalmente.

Por este lado se dirigia el rondador nocturno que acabamos de hacer entrever al lector, y trataba de explorar aquella inmensa tumba. Miraba, rebuscaba y escudriñaba, pasando una especie de asquerosa revista á los muertos; sumergiéndose de piés en los charcos de sangre.

De repente se detuvo.

Á algunos pasos de distancia del paraje en que él se encontraba, en el punto del camino hondo donde concluía el monton de muertos, debajo de aquel grupo de hombres y de caballos, salía una mano abierta, que alumbraba la luna.

Aquella mano tenía en un dedo cierta cosa que brillaba, y que era un anillo de oro.

El hombre se acercó á ella, se agachó, permaneciendo un instante en aquella posicion; y cuando se incorporó, ya no habia anillo en la mano.

No se incorporó precisamente; sino que se mantuvo en una actitud bestial y espantadiza, vuelto de espaldas al monton de cadáveres, arrodillado, con toda la parte anterior del cuerpo reposando sobre los dos indices apoyados en tierra, observando en el horizonte y acechando sobre el borde del camino-barranco. Las cuatro patas del chacal convienen á ciertas acciones.

En seguida, adoptando al fin un partido, se levantó.

En el mismo instante tuvo un sobresalto. Sintió que le detenían por detras.

Volvióse, y notó que era la mano abierta, que se habia cerrado, y le habia cogido la falda de su blusa.

Un hombre honrado habria tenido miedo; pero él se echó á reir.

— Vaya, dijo, no es nada, es el muerto. Prefiero un aparecido á un gendarme.

Entre tanto la mano desfalleció y le soltó. Las fuerzas de la tumba se agotan pronto.

— ¡Ah! pero, añadió el merodeador, es que estará vivo este muerto? Vamos á ver.

Agachóse de nuevo, excavó en el monton, separó lo que oponia obstáculo, cogió la mano, empuñó el brazo, desenredó la cabeza, tiró del cuerpo, y algunos instantes despues, arrastraba por la sombra del fúnebre camino un

hombre manimado, ó á lo ménos, desmayado. Era un oficial de coraceros de cierto rango; una grande charretera de oro salia por debajo de su coraza; aquel oficial no tenía ya casco. Un tremendo sablazo le habia hendido la cara, donde no se veia más que sangre. Por otra parte, no parecia que tuviese ningun miembro fracturado, y por una feliz casualidad, si tal locucion es permitida en este caso, los muertos se habian apuntalado sobre él, en términos que impidieron que fuese aplastado. Tenia cerrados los ojos.

Sobre su coraza distinguíase la cruz de plata de la Legion de honor.

El ratero arrancó aquella cruz, la cual desapareció al momento en uno de los sumideros que llevaba en el interior de su capote.

En seguida tentó el chaleco del oficial, sintió allí un reloj y le cogió. Registró los bolsillos del pantalon, halló en ellos una bolsa con dinero, que se gaurdó tambien.

Hallándose así embebido en este género de auxilios que prestaba á aquel moribundo, el oficial abrió los ojos.

— Gracias, dijo con voz débil.

Los bruscos movimientos del hombre que de tal manera le manoseaba, la frescura de la noche, el aire libremente respirado, le sacaron de su letargo.

El merodeador no respondió; limitándose á levantar la cabeza. Oíase un ruido como de pasos en la llanura; probablemente era alguna patrulla que se aproximaba.

El oficial preguntó balbuciente, pues aún habia agonía en su voz:

— ¿Quién ha ganado la batalla?

— Los ingleses, respondió el ratero.

El oficial añadió:

— Busque usted en mis bolsillos, y hallará una bolsa un reloj. Tómelo usted.

Ya lo había él hecho.

El merodeador fingió buscar en los bolsillos, y al cabo de unos instantes, dijo :

— No hay nada.

— Me han robado, repuso el oficial, lo siento. Eso habría sido para usted.

Los pasos de la patrulla se distinguían cada vez más.

— Ya vienen allí, dijo el ratero, disponiéndose á marchar.

El oficial, levantando penosamente el brazo, le detuvo diciéndole :

— Usted me ha salvado la vida. ¿ Quién es usted?

El vagabundo contestó en voz baja y muy de prisa :

— Yo era, como usted, del ejército francés. Es preciso que le deje á usted. Si me cogieran, me fusilarían. Ya le he salvado á usted la vida. Ahora, arréglese como pueda.

— ¿ Qué grado es el de usted?

— Sargento.

— ¿ Su nombre?

— Thénardier

— No olvidaré ese nombre, dijo el oficial. Y usted, procure retener el mio. Yo me llamo Pontmercy.

LIBRO SEGUNDO

EL NAVÍO ORION

I

EL NÚMERO 24.601 ES AHORA EL 9.430

Juan Valjean había vuelto á ser preso.

El lector nos agradecerá que pasemos rápidamente sobre ciertos detalles dolorosos. Nos limitaremos pues á transcribir aquí dos párrafos publicados por los periódicos de aquella época, algunos meses después de los sorprendentes sucesos acaecidos en M.

Estos artículos son algo abreviados. Sabido es que aún no existía entónces ninguna *Gaceta de los Tribunales*.

El primero le tomamos de la *Bandera blanca*, del 25 de Junio de 1823. Dice así :